COLECCION DE POESÍAS
FORMADA
POR ACUERDO
DE LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA
SEVILLANA
PARA EL USO DE SUS ESCUELAS.

TÓMO II.

SEVILLA:

IMPRENTA REAL Y MAYOR.

1817.

No leas con temor: ni voz ni idea

Verás en mí que indecorosa sea.

Cadalso.

SÁTIRAS.

IDEA DE ELLAS.

La sátira persigue los vicios y defectos de la sociedad. Cuando es manejada por hombres de bien suele ser muy provechosa; porque los hombres que adolecen de los defectos que ataca, temen mucho verse hechos el objeto del desprecio y de la risa de los demas.

Para que sea buena no ha de dirigirse contra persona alguna en particular: ha de censurar el vicio con decencia, con gracia, y de buena fe.

Su tono será grave ó ligero, segun lo exija el asunto y la importancia que se le dé.

Las mas chistosas son las que se ponen en forma de Letrillas, como las dos que aquí insertamos.

DEL PADRE GONZALEZ.

1.ª

De una pintura confusa de la gloria.

Una rara vision que representa
Un conjunto de varias confusiones
En color de azafran y de pimienta,
Donde á costa de muchas atenciones
Solo nota la vista mas atenta
Manos, patas, cabezas, pies, y alones;
¿Porqué motivo se ha de llamar gloria?
¿No era mejor llamarla pepitoria?

2.ª

De unos versos muy malos.

Esos versos que ves tan adornados
No son efecto, Mirta, de gran ciencia:
Por Pintor, no Poeta, son formados,
Mas que obra de talento, de paciencia:
Y aunque hácia varias partes ordenados
Siempre tienen su cierta inteligencia,
Y forman con las letras mil juguetes,
No son sonetos, sino sonsonetos.

DE GÓNGORA.

1ª

Dá bienes fortuna
Que no estan escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
Cuan diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas.
A unos dá encomiendas,
A otros sambenitos,
Cuando pitos, &c.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja,
La cabra mas coja
Parió dos cabritos,
Cuando pitos, &c.

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huebo
Al sol bambonea,

Y otro se pasea.
Con cien mil delitos,
Cuando pitos, &c.

2ª.

Ande yo caliente
Y riase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y agua ardiente;
Y riase, &c.
Coma en dorada bajilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla,
Quiero mas una morcilla,
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas

Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles.
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y árda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y riase la gente.

EPÍSTOLAS.

IDEA DE ELLAS.

La Epístola es una carta en verso con la diferencia de ser mas regular en su plan, mas elegante y mas amena. Comprende todos los asuntos que pueden entrar en una carta, y como estos pueden ser mas sérios ó mas festivos, su estilo toma el colorido de los mismos.

EPÍSTOLAS.

IDEA DE ELLAS.

La Epístola es una carta en verso con la diferencia de ser mas regular en su plan, mas elegante y mas amena. Comprende todos los asuntos que puedan entrar en una carta, y como estos puedan ser mas sérios ó mas festivos, su estilo toma el colorido de los mismos.

DE RIOJA.

1.ª

Epístola moral.

Fábio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son dó el ambicioso muere,
Y donde al mas astuto nacen canas.
Y el que no las limare ó las rompiere
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera,
Corriente del gran Betis, cuando ayrado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,

Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó en qué confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.
Adonde por lo menos cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
Donde no, dejaras la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro
Ó cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Diras, lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisongero las orejas
De algun Príncipe insigne aprisionado

En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien hace sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas;
¡O error perpetuo de la suerte humana!
La enseñanza Greciana, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Murieron y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Dó apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
Será que pueda ver que me desvio
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta mies inutil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas, que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfia
En nuestro engaño inmóbiles vivimos.
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las águas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el pielago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡O quien así lo entiende, cuanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina,

A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles obgetos se termina.
Así aquella, que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente
Que maziza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
De pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas concepto
Que pongo la virtud en egercicio,

Que aun esto fué dificil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
Flor la vimos primero, hermosa y pura
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Talla humana prudencia es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y obscuros monumentos.
¡Cuan callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Que gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
De cristal trasparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tu perfecta
Alguna cosa? ¡ó muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi alvedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confio,

Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé, rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

DE CIENFUEGOS.

2ª

Á un amigo en la muerte de un hermano.

Es justo, sí: la humanidad, el deudo,
Tus entrañas de amor, todo te ordena
Sentir de veras y regar con llanto
Ese cadaver, para siempre inmóvil,
Que fué tu hermano. La implacable muerte
Abrió sin tiempo su sepulcro odioso

Y derribóle en él. ¡Ay! á su vida
¡Cuantos años robó! ¡cuanta esperanza!
¡Cuanto amor fraternal! y ¡cuanto, cuanto
Miserable dolor y hondo recuerdo
A su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive
Y un siglo entero de maldad completa:
Y el honrado mortal en cuyo pecho
La bondadosa humanidad se abriga
¿Nace, y deja de ser? ¡Ay! llora, llora
Caro Fernandez, el fatal destino
De un hermano infeliz: tambien mis ojos
Saben llorar, y en tu afliccion presente
Mas de una vez á tu amistad pagaron
Su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
Benigno oyera los sinceros votos
De la ardiente amistad! Al punto, al punto
Ácia el cadaver de tu amor volando
Segunda vida le inspirára, y ledo
Presentándole á tí, toma, dijera,
Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
Mas ¡ay! el hombre en su impotencia triste
No puede mas que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
Y cae la eternidad; y en vano, en vano
Al que en su abismo se perdió le llaman
De acá las voces del mortal doliente.
Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,

Ni el ay de la viudez, ni los suspiros
De inocente horfandad, ni los sollozos
De la amistad, ni el maternal lamento
Ni amor, el tierno amor alma del mundo
Nada penetra los oidos sordos
De la muerte insensible. Nuestros ayes
A los umbrales de la tumba llegan
Y escuchados no son; que los sentidos
Allí cesaron, la razon es muda,
Helose el corazon, y las pasiones
Y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen; el dolor empero
Tambien con ellos para siempre yace,
Y la vida es dolor. Llama á tus años,
Caro Fernandez; sin pasion pregunta
¿Qué has sido en ellos? y con tristes voces
Dirán: si un dia te rió sereno,
Ciento y ciento tras él, tempestuosos
Tronando sobre tí, huellas profundas
De mal y de temor solo dejaron.
Hórrido yermo de inflamada arena,
Do entre aridez universal y muerte
Solitario tal vez algun arbusto
Se esfuerza á verdear; tal es la imagen
De esta vida cruel que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
Ignorancia, opresion; este cortejo
Nos espera al nacer, y apesadumbra

La hermosa candidez de nuestra infancia
Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
A su placer de nuestro debil cuerpo;
Y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto á su indolencia ofende,
Manda que pare su feroz dureza,
O su bárbara mano enfurecida
Sobre nosotros cae. ¡Niño infelice!
Llora ya, llora cuando apenas naces
De la injusticia la opresion sangrienta,
Y el desprecio, el baldon, y tantos males,
¡Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan!
Tus años correrán, y por tus años
Hombre te oirás decir; mas siempre niño
Entre niños serás. Injusto y justo,
Opresor y oprimido todo á un tiempo,
De tus pasiones en el mar furioso
Perdido nadarás. En lucha eterna
De acciones y deseos, mal seguro
No sabrás que querer; y fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar buscando siempre
Allá tu dicha donde estar no puedas.
¿Y que valdrá que en tu virtud contento
Goces contigo, si mirando en torno
Verás la humanidad acongojada
Largamente gemir? Despedazado
Tu tierno corazon verá los males,

Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro
Solo un esteril lloro es el consuelo
Que puede dar su caridad fogosa.
¿Hay pena igual á la de oir al triste
Sufrir sin esperanza? ¡O muerte, muerte!
¡O sepulcro feliz! ¡Afortunados
Mil y mil veces los que allí en reposo
Terminaron los males! ¡Ay! al menos
Sus ojos no verán la escena horrible
De la santa virtud atada en triunfo
De la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
De la injusticia quebrantando el cuello
De la inocencia desvalída y sola:
Ni olerán los sacrílegos inciensos
Que del poder en las sangrientas áras
La adulacion escandalosa quema.
¡Oh cuanto no veran! ¿Por qué lloramos
Fernandez mio, si la tumba rompe
Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
Tus dolorosas lágrimas; tu hermano
Empezó á ser feliz: si; cese, cese
Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
A tus amigos tu doliente rostro,
Y á tu querida esposa, y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso,
El dedo puesto entre sus frescos lábios,
Observa tu tristeza, y se entristece;

Y, marchando ácia tras, llega á su madre,
Y la aprieta una mano, y en su pecho
La delicada cabecita posa,
Siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras, y llora; y en su amable llanto
¿Qué piensas que dirá? »Padre, te dice,
»¿Será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
»Otros cariños que el vacío llenen,
»Que tu hermanó dejó? Mi tierna madre
»Vive, y mi hermana, y para amarte viven,
»Y yo con ellas te amaré. Algun dia
»Verás mis años juveniles llenos
»De ricos frutos, que oficioso ahora
»Con mil afanes en mi pecho siembras.
»Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
»Esclavo del deber, amigo ardiente,
»Esposo tierno, enamorado padre,
»Yo seré lo que tú. ¿Cuantas delicias
»En mi te esperan! Lo verás: mil veces
»Llorarás de placer, y yo contigo.
»Mas vive, vive, que si tú me faltas
»¡O pobrecito Hipólito! sin sombra
»¡Ay! ¿que será de tí huerfano y solo?
»No mi dulce papá: tu vida es mia,
»No me la abrevies traspasando tu alma
»Con las espinas de la cruel tristeza.
»Vive, si, vive; que si el hado impío
»Pudo romper tus fraternales lazos

"Hermanos mil encontrarás do quiera;
"Que amor es hermandad, y todos te aman.
"De cien amigos que te rien tiernos
"Adopta á alguno; y si por mí te guias
"Nicasio en el amor será tu hermano."

ÉGLOGAS.

IDEA DE ELLAS.

La primera ocupacion de los hombres fué apacentar ganados en que consistia su principal riqueza, hasta que con el transcurso del tiempo fundaron las grandes poblaciones, establecieron las clases y distinciones civiles, encontraron nuevos destinos en que trabajar á beneficio de su patria, y obligaciones nuevas á cuyo desempeño les precisó dedicarse para hacerse mas útiles á sí y á sus conciudadanos. Entonces los mas ricos ocuparon los mejores puestos de la Sociedad, y dejaron el cuidado de sus ganados á otros pastores mercenarios.

En aquella primera edad debió nacer la poesía pastoril porque los hombres cercados continuamente de las escenas de la naturaleza, gozando de profunda paz, satisfaccion é independencia, y exentos de todos los vicios que infestan las Ciudades, no podian dejar de ser sensibles á las bellezas del Criador

¡Cuanto no interesaría á aquellos hombres la venida de la Primavera, que traía la vida á sus campos y la hartura á sus ganados, que volvia su fruto á los árboles para su alimento, y sus flores al prado para hacer guirnaldas con que adornar las sienes de sus ingénuas pastoras!

Distantes nosotros de aquella dichosa edad, no podemos celebrarla sino por imitacion. Remontándonos hasta su origen nos disfrazamos en pastores para cantar los placeres de la vida campestre con todos sus encantos, tal como concebimos sería, ó debió ser á lo menos. Y he aquí á lo que se le ha dado el nombre de Idilio *ó* Égloga.

Para que sea buena no ha de salir de las cabañas: sus sentimientos han de ser ingénuos y sencillos; y sus pensamientos igualmente fáciles y naturales, de manera que toda ella respire la paz, la alegría, y la libertad de los campos.

DE MELENDEZ.

18.

Aminta.

Á Aminta y Lisis en union dichosa
Amor unido habia,
El casto Amor de la inocencia hermano.
Lisi cual fresca y purpurante rosa
Que abre su caliz virginal del dia
Al suave aliento, por Aminta ardía;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
Á su querida, cuando léjos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños por comun ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,
Cual entre las zagalas bulliciosos,
Sin venda ni arco en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no recelen,
Sueltos los Amorcitos vagar suelen
Cuando las danzas del Abril florido.
En ellos y en su Lisi embebecido

Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvia
Á su feliz cabaña su ganado;
Y el Sol laso entre nieblas se perdia,
Cuando asomar por el opuesto egido
Los vió el padre feliz: ¡oh! ¡que alegría
Con su vista sintió! ¡como su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y así cantó con labio balbuciente.

Aminta.

¡O mis lindos amores!
¡Mitad del alma mia!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando á vuestro padre afortunado:
Y cual risa del prado
Es el fresco rocío,
Dulce júbilo sed del pecho mio.
¡Ah! ¡con que gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Cuando en feliz recreo

De mi cuello colgando
Inocente reís, ó bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscais por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!
El colorin pintado
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina;
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor besándolas camina;
La alondra que vecina
Al cielo se levanta,
Todo os es nuevo, y vuestro pecho encanta.
En vuestra faz de rosa
Rie el gozo inocente,
Y en los vivaces ojos la alegría:
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Liri mia
La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya, pero en mucho atras se queda.
¡Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad con todos oficiosa!
Yo ví su blanca mano
Del mísero Felino

Socorrer la indigencia rigurosa
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga horfandad fiel compañera.
Sola estás; mas el cielo
Si te roba, exclamaba,
La cara madre te dará una amiga;
Y á la triste en su duelo
Sollozando alentaba.
Clori la abraza en su cruel fatiga,
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente.
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.
De entónces mas perdido
La adoré, y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Así en el ancho egido
Con balido anelante
Corre á su madre el recental nevado.
Oyó en fin mi cuidado;
Y mi feliz porfia
Coronando, su mano unió á la mia.
Vosotros, mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendicion del cielo,
De mil suaves ardores
Galardon venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo,

Renuevos que el desvelo
De mi cariño cria
Para gozarme con su pompa un dia.
  Creceréis, y mi mano
Os cubrirá oficiosa
Cual tiernas plantas de la escarcha cruda.
El cielo soberano
Con bendicion gloriosa
Hará que el fruto á la esperanza acuda;
Y deleytosa ayuda
En la vejez cansada
Á mi sereis y á vuestra madre amada.
  Entonces nuestra frente
El tiempo habrá surcado
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente
Se acerca sosegado
Al occidente en llamas encendido.
Pero habrémos vivido;
Y hombres os gozarémos;
Y en vosotros de nuevo vivirémos.
  El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la Aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados

Que ora á cantar me atrevo
Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.
En humilde pobreza,
Mas en paz y ócio blando
Luego mi Lisi y yo reposarémos
Sobre vuestra terneza
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozarémos
Su celestial frescura;
Y os colmarán los cielos de ventura.
Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña.
Pasto el valle abundoso
Siempre á su aprisco cria:
Ni el lobo fiero á sus corderas daña:
Nunca el año le engaña,
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.
A sus dulces desvelos
Rie blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura;
Y de hermosos hijuelos
Cual oliva viciosa
Le cerca y en servirle se apresura.
De inefable ternura
Inundado su seno,

Cien nietos le acarician de años lleno.
¡O mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada
Sobre vuestros sembrados:
Os dará leche el rio,
Y miel la añosa encina regalada.
Vuestra frente nevada
Lucirá largos dias.....
¡Ay! ¡oiga el Cielo las plegarias mias!
Con delicado acento
Así Aminta cantaba,
Bañado el rostro en delicioso llanto,
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba:
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueton le quita
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;
Mientra el mas pequeñuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando á la alquería,
Caen las sombras y fallece el dia.

DE MÁRMOL.

2ª

Fineo. *Florelo.*

Fineo. Sobre el vellon rizado del cordero
El matinal rocío ya resbala
En perlas encendidas
Por el naciente Sol: ¡Mansas ovejas!
Por los prados vagad. El nuevo dia
Lanzó de ellos al lobo:
Todo es paz. El mormollo sosegado
De arroyo cristalino, que entre flores
Se desliza, los trinos y gorgeos
Del pintado gilguero, la voz mia,
Que á la Aurora saluda, y mis sencillos
Cuidados canta, vuestro pacer dulce
No impide. Sí, paced. Menuda grama
Y tierno ciclamor os dá contento,
Y á mí la trisca de los corderillos,
Y verlos entre espesos romerales
Perdidos y enredados. ¡Cuan inquietos
Con inútiles saltos
Anelan por librarse de las ramas
En que son enlazados!
Con endebles y trémulos balidos

Parece que demandan á su dueño
Que á sus madres los vuelva. No deseo
Otros gustos. ¡Oh prados, oh rediles,
Que me visteis nacer! ¡Ovejas mias!
No me falteis jamas, y mis placeres
Jamas me faltarán. Mas del otero
Baja el zagal gallardo,
Huesped en nuestros prados, triste y solo.
¿Qué mal le acuitará? Si quizá ama...
Amor es como rosa;
Bella, mas entre espinas;
Deleyta, pero hiere. No deseo
Placer comprado con mi propia sangre.
Pastor ¿y quien de sombras
Cubrió tus ojos? ¿Quien tus tiernos lábios
Cárdenos torna como el lirio? Dime,
¿Quien manchó tus megillas juveniles
De amarillez? ¿Y como la tristeza
En pecho de pastor halla la entrada?
Ella los campos huye.

Florelo. De los vuestros
Huyó acaso, Fineo, y en los mios
Hora la mansion tiene. Sus estragos
Huyo. ¡Mas infeliz! ¿en donde huirla,
Si se alberga en mi pecho? Por dó quiera
Desdichas hallaré.

Fineo. ¿Tan desastrado
Caso es el tuyo, jóven? Las florestas

Siempre risueñas del undoso Bétis,
De sus pastoras los graciosos cantos
Mitigarán tus penas.
Florelo. Los suspiros
De un infeliz mas bien á las pastoras
Llenarán de tristeza, si por caso
No han el pecho de roca. ¡Las florestas...!
El fecundo rocío del Aurora
A ellas vendrá mezclado con mi llanto.
Fineo. Tus voces me lastiman
Mas que el balido triste de la oveja,
Si el lobo la persigue. Tus dolores
Aliviaré si puedo,
O lloraré contigo: ¿y no son dulces
Las lágrimas á un triste, si las vierte
La compasion? Refiéreme tu historia.
Florelo. Diré, si acaso el lábio
No se niega á unas voces
Que á empedernidas breñas moverian.
En las tendidas vegas,
Que baña el claro Lete, venturoso
Era Florelo ayer. Hacer felices
Los dias de su padre,
A quien de edad gravosa el peso rinde;
Apacentar su corta manadilla;
Cantar dulces saludos á la Aurora,
Y sencillos amores á Dorila,
Pastora muy mas bella que la lumbre

Del alba sonrosada,
Era mi ocupacion. Ni á mis ovejas
Yerba faltó, ni queso y blanca leche
A el venerable anciano, ni á Dorila
Flores, que ornáran su gracioso seno,
Por mi mano cogidas,
De el temprano rocío salpicadas,
Ni á mí dulces placeres me faltaron.
¡Oh dias harto pronto
Desvanecidos! ¡Ay! ¡Mas quien pudiera
Un fin tan doloroso prometeros!
Un viento abrasador de la desierta
Libia lanzado, que entre ardientes soplos
Trajo quizá el veneno de los monstruos,
Que sus arenas brotan;
O quizá el Cielo, que infeliz me quiere,
Encendió, corrompió dentro las venas
La sangre á los ganados. ¡Oh si vieses
Al nevado cordero,
A quien yo acariciaba, retozando
Entre mis manos, cual los ojos cierra
Súbito, y un bé lanza lastimero,
Cayendo entre las flores palpitante!
Vieras á las ovejas
Yacer en tierra, y en sus tiernos labios
Sangre y yerba: la sangre
Vertida de sus míseras entrañas,
La yerba que troncaban, y la muerte

Vedó entrar en sus bocas. Vieras luego
A Barcino, el fiel guarda
Del mísero rebaño,
A mis pies acercarse, y sobre ellos
Dar el último aliento. Muere, dige,
Su negra piel regando con mi llanto,
Pues ya es tu zelo inutil: ni ya el lobo
Al desierto redil ha de acercarse,
Si es que tambien no ha muerto. Todo el prado
Cubren ovejas yertas, ó bien otras,
Que en vacilantes pasos se dirigen
Bajo las ramas del copado pino,
Donde á su espesa sombra
Muerte mas dulce hallen. ¡Cuantos fueron
Pastores, y hoy no son! ¡Ay! las cabañas
Del Lete fenecieron. Ya no suena
El silvo del zagal, ni á la alborada
Se oyen cantos, ni el éco,
En la noche sombría
El ladrar de los perros redoblando,
Inquieta al lobo astuto.
Yacen en trozos por entre las flores
Los robustos cayados que troncháran,
Como inútiles ya, las tristes manos
De los ricos pastores. Hoy transídos
Del hambre y del dolor, perdidos vagan
Por agenos rediles. De los mios
Saco á mi amante padre. El buen anciano

Con sus lágrimas riega el patrio suelo,
Que no tornará á ver. Menesteroso
Llega á el vuestro. Dorila tambien llega
Con su padre infeliz. ¡Ay que mudanza!
En vez del regalado
Alimento, que el Lete te ofrecía,
¡Oh mi padre cuitado!
Solamente hallarás silvestres frutos
Por mi mano cogidos. La mezquina
Soldada que Florelo,
Logre de un mayoral, ¡cuan poco alivio
Para el triste será! ¿Y á mi Dorila
¿Quien llevará graciosos recentales?
¿Quien la espumosa leche? ¿Quien las flores?
El don de la tristeza solamente
Suspiros son. Amantes venturosos
Tejan bellas guirnaldas, y las sienes
Ornen de sus pastoras. Yo cuitado
En la callada noche mis suspiros
Consagraré á Dorila.
Con ella lloraré de amor y pena.
Fineo. Dolorido pastor, esa tu historia,
Tu amor, tu candidez, el pecho mio
Llenaron de dolor. Y no son cierto
Los pastores del Betis insensibles.
Serás feliz con ellos. Yo el primero
Tu mal aliviaré, y el Cielo justo
Premiará mis desvelos con sus dones.

ÉGLOGAS SAGRADAS.

EL MESÍAS.

DE BLANCO.

Cantad, ó vos, de la sagrada Elia,
Vírgenes venturosas, dulces himnos,
En tanto que las selvas y los prados
Escuchan de mi voz enardecida
Los écos, que jamas en prado ó selva
Tan altos fueron de pastor cantados.
Tú, soberano Espíritu, que hiciste
Anunciar otro tiempo al sacro vate
Su bien al mundo, tu me inspira ahora;
Y su sagrado canto repetido
Por mí será á los cándidos pastores.
Vendrá un tiempo, (exclamaba arrebatado)
¡Tiempo feliz! en que una Vírgen pura
Conciba, y á luz dé un amable infante.
El tronco de Jesé florece ufano.
Brota una flor el vástago frondoso,
Que de celeste espíritu agitada
El ancho Cielo llena de su aroma.
Cielos, haced bajar vuestro rocío,
Que la naturaleza prosternada
Lo aguarda ya en silencio respetoso.

La tierra, sí, de crímenes purgada
Será, y la antigua fraude confundida:
La incorrupta Justicia al universo
Se mostrará del Cielo descendiendo:
Con su nevado manto la inocencia
La tierra cubrirá, y de verde oliva
La Paz le tejerá bella corona.
Corre veloz, ó tiempo, y de este dia
Al mundo brille la celeste lumbre.

Ven, ó divino Infante, te prepara
Naturaleza mil sencillos dones;
Derrama los perfumes, que respira
La alegre primavera, y por los prados
Brilla mas que esmeralda su verdura.
El humilde Saron al Cielo envia
Nubes de puro incienso, y del Carmelo
La cumbre florecida resplandece.
Ven, que ya te dispone blando lecho,
Y brotan en tu cuna tiernas flores.

Mas ¿que voces? ¿que voces el desierto
Llenan de gozo? Preparad, mortales,
Los caminos: un Dios, un Dios se acerca.
Del monte el éco un Dios, un Dios repite.
La gloria del Eterno á tí desciende:
Recibe alegre, ó tierra, el don precioso.
Montañas, allanaos, alzad, ó valles,
Humillad, cedros, la cerviz frondosa:
El Salvador se acerca. El alto Cielo

No turbarán ya mas de los mortales
Los gemidos dolientes y suspiros.
La muerte yace atada en duros lazos,
Y pálido el Tirano del abismo,
Gime entre las ruinas de su imperio.
Como un pastor al abundoso valle
Conduce su ganado, y entretanto
Que pace la menuda yerbezuela,
Numera cuidadoso sus corderos,
Y si tal vez de la manada incauto
Se apartó alguno errante, por la selva
Lo busca fatigado, y en sus hombros
Lo vuelve alegre al conocido aprisco:
Tal vez de fresco ramo convidados
Los corderillos tiernos se le acercan,
Y pacen en su mano sin recelo:
Así el pastor de pueblos amoroso
Cuidará su rebaño, y los humanos
Disfrutarán seguros su terneza.
Ya las guerras cesaron: las agudas
Espadas ya no mas en nuestros campos
Brillarán, ni la trompa en los guerreros
Encenderá furores homicidas.
El Labrador solícito convierte
La feroz lanza en podadera humilde,
Y el hierro de la espada en el arado
Hiende la tierra en estendido sulco.
Tiempo dichoso, en que á la fresca sombra

Del álamo sentado el pastor mire,
Entre placer y asombro conmovido,
Cubrirse el yermo prado de azucenas,
Y convidado del murmullo grato
De las sonoras fuentes, sus cristales
Mire brotar del árido desierto.
El tímido cordero con el lobo
Triscará por los montes y los valles.
El tigre de su furia ya olvidado
Será entre alegres tropas de garzones
Con lazadas de flores conducido.
El toro y el leon en un establo
Pacerán sin rencilla el mismo heno.
Y el pequeñuelo infante, acariciando
La vívora y la sierpe, sus colores
Celebrará con inocente risa.
Jerusalen, Jerusalen divina,
Levanta la cabeza coronada
De esplendor celestial. Mira cubierto
Tu suelo en derredor, y de tus hijos
Admira la gloriosa muchedumbre.
Mira, cual de los últimos confines
Á tí vienen los pueblos prosternados,
De tu serena lumbre conducidos.
El incienso quemado en tus altares
Sube en ondosas nubes. Por tí sola
Llora el arbusto en la floresta umbría
Sus perfumes: por tí el Ofir luciente

Esconde el oro en sus entrañas ricas.
Goza, ó Sion, la apetecida gloria.
Vé que ya el Cielo rasga el bello manto,
Y en soberana luz, mas que el sol pura,
Te inunda: luz brillante, que la noche
Nunca osará turbar con sus tinieblas.

ELEGÍAS.

IDEA DE ELLAS.

La Elegía pertenece al género lírico como la Oda, excepto que esta canta toda especie de sentimientos, y aquella solo los de tristeza.

Entre los antiguos la Elegía tuvo mas extension. Cantaban en ella hasta los sentimientos dulces y alegres. Nosotros á la idea de Elegía hemos asociado las de luto, tristeza y llanto.

Su estilo será tan vario como el sentimiento que exprese, y la graduacion que tenga. Y como los sentimientos tristes ocupan toda la distancia que hay desde la vida comun á la heroica, de aquí es la diversidad de estilos que admite.

DE QUINTANA.

1ª

AL SUEÑO.

Tú, mudo esposo de la noche umbría,
¡Oh padre del sosiego,
Sueño consolador! ¿porqué te niegas
A mi lloroso ruego?
¿Porqué á mis sienes con piedad no llegas?
Y no que lento y vagoroso bates
Léjos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocío,
Con que el dolor serenas,
Y el vivo afan de las acerbas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mias:
Suspende, ¡ay Dios! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿No bastan, dí, para penar los dias?
Mi espíritu rendido
Á tanta agitacion, mi triste pecho
De palpitar cansado,
Y en ansia y fuego el corazon deshecho

Tu celestial venida
Imploran ¡ay! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festin, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré sediento y ciego:
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa, y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar á mi dolor reposo,
Raudal fué impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor oías,
Y blandamente en derredor volabas,
Y halagüeño doblabas
La gloria de mis dias,
Que tú en la noche á redoblar venias.
¡Oh ilusiones de bien! ¿donde habeis ido?
¿Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora,
!Oh sueño! has de venir, vendrá contigo
Á atormentarme ayrada
Del bien perdido la doliente idea:
Mas ven, sueño, á mi voz, aunque así sea.

Ven, que ya las dos osas

Al ocaso avecinan
Su refulgente carro, y presurosas
Las centellantes pléyadas se inclinan.
La Luna fatigada
Se retira ácia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el dia,
Vendrá, y mis ojos de velar cansados
Su luz no sostendrán ni su alegría,
¡Ríndete á compasion, sueño precioso!
Tu nectar delicioso
Mi triste frente alague,
Y blando, y dulce, y regalado vague.....
¿Me escuchas? ¡oh favor! ya desmayados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,
Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban:
¡Quien de ellas libre al despertar se viera!

DE GALLEGO.

2º

El Dia dos de Mayo.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Dá á mi pincel fatídicos colores,
Con que *el tremendo dia*
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la Patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al Averno.
¿Mas quien el sempiterno
Clamor con que los aires importuna
La madre España en enlutado arreo
Podra atajar? Junto al sepulcro frio
Al pálido lucir de opaca luna
Entre cipreses fúnebres la veo.
Yerta, asolada, y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

Al cielo vuelve que le oculta el llanto:
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el pólvo, y el leon guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay! que cual debil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
Que hasta las rocas y árboles quebranta,
De víctimas sin cuento
Llora la destruccion Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huesped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quien ¡ay! la alevosia,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, como lobo en tímidos corderos,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infiel canalla que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña;
Acá retumba el espantoso trueno;
Y allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano

Que con la arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En valde, en valde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena,
Y á luto, y llanto eterno las condena.
¡Cuanta escena de muerte! ¡Cuanto estrago!
¡Cuantos ayes do quier! Despavorido
Mirad otro infelice
Quejarse al adalid empedernido
De una cuadrilla atroz. ¡Ah! ¿Que te hice?
"Esclama el triste en lágrimas deshecho:
"Mi pan y mi mansion partí contigo:
"Te abrí mis brazos: te cedí mi lecho:
"Templé tu sed, y me llamé tu amigo.
"Y hora pagar podrás nuestro hospedage
"Síncero, franco, sin doblez ni engaño,
"Con dura muerte y con indigno ultrage?
¡Perdido suplicar! ¡inutil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz clamando: ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
¡O Dios! ¿y á dó se esconden?
¿Dó están, ó cara Patria, tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados

Por gefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los Vándalos la dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inutil afan. Vosotros solo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir el gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente:
Si de mi libre Musa
Jamas el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento;
Allá del alto asiento,
A que el valor magnánimo os eleva,
El himno oid, que á vuestro nombre entona,
Mientras la Fama alígera le lleva
Del mar del hielo á la abrasada zona.
Mas, ¡ay! que en tanto las siniestras alas
Por la inmensa Metrópoli tendiendo
La yerma Asolacion sus plazas cubre!
Y al áspero silvar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois como rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué terrible estruendo
Las dueños buscan que medrosos huyen!

Cuanto encuentran destruyen
Bramando los rabiosos foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cual se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Allí matando al dueño se alborozan,
Hieren aquí su esposa amedrentada.
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mústio el dulce carmin de su megilla,
Y en su frente marchita la azucena;
Con voz turbada y anelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Trémula vírgen de amargura llena.
Mas con furor de hiena
Alzando el corvo alfange damasquino
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! Treguas, ¡ó Musa!
Que ya la voz reusa
Embargada en suspiros mi garganta.
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?

No: que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamigeros ostiga.
Ya el duro casco, y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su fulminante acero:
Venganza y *guerra* resonó en su tumba:
Venganza y *guerra* repitió Moncayo:
Y al grito heroyco que en los aires zumba,
Venganza y *guerra* claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Torna al bélico son la regia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: *Guerra* y *venganza*!
Vosotras, ó infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó á sus lares, y en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
Mientras la heroyca España al fementido,
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don; sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traicion del Déspota se lea:

Y altar eterno sea,
Donde todo Español al Galo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

DE JÁUREGUI.

A la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto, que las vierte;
Justo será, que mi funesto canto
Las acompañe, y que del alma exale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al estremo, que en mis fuerzas cabe:
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa,
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciega de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frias
Por quien suspiro, fenecer mis dias,
Que de llorarlas quede satisfecho

Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quien vió tal vez en áspera campaña
Árbol hermoso, cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío;
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña,
Y allí resista al caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores,
Y de su hojoso toldo y fruto opimo,
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro alvergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco; y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ¡ó planta generosa!
Que adornas los alcázares del Cielo,
Prestaste arrimo, sombra, y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroica virtud, cual flor hermosa
Olor, que ha penetrado la estendida
Region eterea: así desposeida

Viendose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada;
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano
Verte en el Cielo mejorar de Imperios,
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los Príncipes Iberios,
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas;
Ni el ver que á España dejas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego)
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre
Al sol, de quien fué rayo, siempre unida,
Y prestando esplendor al alto Cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo zelo,

Modernos Templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
Honrar solemnizando tu corona,
Su viva siempre liberal Patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
De su entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon, ó tiempo, ó largo olvido,
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda; y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos,
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros, y Alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza:
Daráte el mundo, con igual tristeza,
Flebil tributo en lluvias y diluvios,
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo
Si no cual debe, como puede el mundo.

DE HERRERA.

Por la pérdida del Rey D. Sebastian.

Voz de dolor, y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania misera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste
Dende el Áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo de Oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos, y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;

Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad, y en un profundo llanto
De gente, y de placer el Reino ageno.
El Cielo no alumbró, quedó confuso:
El nuevo Sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los impíos y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor cōn fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;

Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra?
¿Que sacudieron reinos poderosos?
¿Que domaron las horridas naciones?
¿Que pusieron desierto en cruda guerra,
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Como asi se acabaron y perdieron
Tanto heroyco valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande Cielo;
Y en sus ojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima

Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribo deshecho,
A los ímpios y agenos entregado
Por la raiz cortado.
Que opreso de los montes arrojados
Sin ramos y sin hojas y desnudo
Huyeron de él, los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos, cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido Reino Lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indigna de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el Español corage,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultrage;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de Africana sangre el censo.

GÉNERO LÍRICO.

IDEA DE ÉL.

Compreende todos los sentimientos humanos desde el mas dulce y festivo, hasta el mas sublime y patético. Suyas son las Letrillas, las Cantilenas, y las Anacreónticas; suya igualmente la Elegía, como hemos dicho, y suyos los rasgos de imaginacion, y los afectos ardientes que ya mas, ya menos moderados se encuentran esparcidos por todos los géneros de Poesía.

Empero antes de ceñir este artículo á la Oda en sus géneros mas nobles, diremos que ella en toda su estension es el canto por escelencia, tan antigua como el hombre, y que durará á par de él, porque el canto nos lo inspira la misma naturaleza.

Cuando la Oda se eleva á cantar los sentimientos grandiosos é interesantes de las glorias de la patria, del amor á la sabiduría, del respeto á las virtudes eminentes, de la admiracion á los héroes y bienhecho-

res de la humanidad, de las alabanzas á Dios y á sus Santos por sus obras y beneficios, entonces es la composicion mas sublime del talento poético.

Ella enciende los afectos de los hombres, y de la posteridad, los eleva sobre las ideas comunes, los llena de un noble orgullo por conocerse capaces de experimentar los mismos sentimientos que movieron á cantar al Poeta; y los lleva dulce é imperiosamente á tributar los debidos homenages á Dios, á la virtud y al heroismo.

¿Quereis saber cual es buena? La regla es sencilla. Aquella que sorprenda vuestro espíritu, que encienda vuestros afectos, que arrebate vuestra imaginacion. Las que no surtan estos efectos, creedlo, ó jóvenes, en vano las librarán del desprecio y del olvido, ni su título falso, ni las recomendaciones de sus autores.

A estas clases pertenecen las que insertamos á continuacion en el orden de heroicas, filosóficas ó morales, y sagradas.

DE LISTA.

1ª

La victoria de Baylen.

Tronó la alzada cumbre de Pirene,
Y sobre el suelo hispano
Lanzó horrorosa nube de asesinos:
Y las madres de Iberia al triste seno
Los hijos estrecharon,
Y piedad y venganza reclamaron.
Pasa el dorado Tajo y las vertientes
Del Mariano monte
La caterva sin ley. Nuevas matanzas
Viene y nuevos destrozos meditando:
Y en su furor sañoso
Dijo entonces el bárbaro orgulloso:
»Venid, y en la florida Andalucía
»De oro y sangre saciemos
»Nuestros sedientos pechos. Sus, varones:
»¿No sois los invencibles que llevaron
»Muerte, luto y ruina
»Del Rhin á la remota Palestina?
»Mirad vuestros laureles: reteñidos
»Estan de sangre humana,

»Y de inocente lloro salpicados.
»Teñidlos mas y mas. Que gima el hombre
»La Bética asolada
»Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.
»¿Y qué, la España aclaman y FERNANDO
»Esa mísera gente?
»El yugo esquivan, que se digna darles
»El gran Napoleon? ¡Necios! perezcan:
»Y allá en la tumba fria
»Los laureles recuerden de Pavía."
Así dijo aquel fiero, que tendiera
Sobre el Arno florido
Los silenciosos velos de la muerte.
No olvidarás, Arezzo, su barbarie,
Ni tú, playa tirrena,
De cuerpos muertos de tus hijos llena.
Y marcha, y sobre el Betis centellea
El águila ominosa,
Y en los muros de Córdoba asolada.
El campo hermoso, que la esteril nieve
Burló de Enero yerto,
El hórrido cañon vuelve en desierto.
Mas oh! ¿cuales banderas se despliegan
Contra el águila altiva?
Formóse el rayo en el ardiente seno
De Híspalis la leal: ya despedido,
Venganza amenazando,
Los aires, que atraviesa, va quemando

¿Huyes, fiero? ¿Ya tiemblas? Nuevo enjambre
De bárbaros no miras,
Que *sangre* y *oro* enfurecidos claman?
¿Huyes, y el ancho Betis interpuesto,
Y la sierra fragosa
Aun no aseguran tu crueldad medrosa?

Españoles, volad. Hijos de Marte,
Que el Ganges y el Ocaso
Hicisteis resonar con vuestro nombre,
Volad: arrebatad á esos perjuros
Sus laureles odiosos,
A la mísera Europa tan costosos.

Castaños inmortal, nombre de triunfo,
Dulce alumno de Palas,
Y querido de Marte, á tí encomienda
Su justa causa España: la victoria
Tus estandartes guia,
Y su temido rayo te confia.

Á la gloria conduce y la pelea
La juventud ardiente,
Que el Sol occidental benigno mira.
Esgrima, esgrima el paternal acero,
Que de sangre agarena
Tiñó mil veces la española arena.

Marchas, guerrero; y lentitud prudente
Los ímpetus enfrena
De ese escuadron de héroes: al soberbio,
Que en su terror afecta despreciarte,

Tus fuerzas ocultando
La inevitable tumba vas labrando.
Así vuela tal vez cándida nube,
Cuyos bordes colora
El Sol naciente de risueña grana:
Cuando la tempestad horrible lleva
Contra el cielo sereno,
Y el rayo asolador ruge en su seno.
O cual águila augusta, que divisa
La garza descuidada
En la otra parte del tendido cielo:
Sube tranquila á la region suprema,
Donde el viento enmudece,
Y en el alto cenit audaz se mece.
Ve y se complace en la segura presa,
Y mas veloz que el rayo
Rápida por los aires se desprende:
El redoblar de sus batientes alas
A lo lejos resuena,
Y de triste pavor las aves llena.
Asi, glorioso, con torcida marcha,
Que el mismo Marte guia,
El enemigo bando acometiste:
Y avaro asi de la española sangre
El laurel de tu gloria
No manchará los fastos de la historia.
¿Quien sube por el Betis? ¿Quien terrible
El defendido paso

Rompe ya de Mengíbar? ¿Quien asciende
A las alturas de Baylen y al campo,
Dó humea todavía
Del sarraceno infiel la sangre impía?
¿Y qué, Dupont, vacilas? La alta sierra
Te niega sus gargantas
Por sus audaces hijos defendidas.
¡Mísero! ¿donde irás? Tienes delante
Cabe el Betis undoso
Al fuerte Ibero, de tu sangre ansioso.
Huye, infelice, huye: negra noche,
Escudo de malvados,
Cubre en tu horror su vergonzosa fuga.
Mas ¡ay! que en tu camino se interpone
Nuevo escuadron valiente
Que *rendirte* ó *morir* solo consiente.
Truena el cañon. Del monte despedido
El horrísono estruendo
Las campiñas del Betis va llenando:
Y entre el rumor del parche estrepitoso
Desolacion y guerra
Anuncia atroz á la afligida tierra.
Mas ¡oh! cede el impio: la fiereza
Y el orgullo altanero
Postra al valor del inmortal Castaños.
Yace abatida el águila rapante,
Terror de las naciones
Al pie de nuestros fuertes escuadrones,

¡A Castaños victoria y á la patria!
¡A los hijos valientes
Del almo Bétis, gloria inmarcesible!
¿De España acaso triunfará el impío?
¿El ibero ardimiento
Sabrá humillarse al opresor violento?

¡Ah! no. Allá triunfe sobre el Rhin nevado,
O cual tigre rabioso
En las selvas del Wístula domine;
O al Otomano estúpido, que el yugo
Trueca ledo y tranquilo,
Facil sojuzgue en el remoto Nilo.

Guerreros valerosos, en un dia
Vengasteis los baldones
Con que el tirano envileció la España.
Del mayo infando las llorosas sombras
En la tumba se alzaron,
Y al vengador ilustre saludaron.

No, no es inutil la vertida sangre,
Ni el valor desgraciado
Que la fortuna injusta no corona:
La sangre de Leonidas fue á los persas
La señal de ruina,
Y los lauros regó de Salamina.

Vive, glorioso vengador: tu nombre
Tiemble el Galo vencido,
Y venere la Europa belicosa.
Vandalia, madre antigua de guerreros,

Su claro honor te llama,
Y España libre tu valor aclama.
¡España, España, amada patria mia!
Patria de los valientes
Que el largo oprobio de tu faz borraron!
Cuando tu afecto de mi pecho salga,
Mi cantar abatido
Sepúltese en el polvo del olvido.
Ni en las umbrosas faldas de Helicona
Honor tenga mi lira,
Y mustio de mi frente envilecida
Caiga el laurel sagrado de los vates,
Cuando á tu excelsa gloria
El cántico no entone de victoria.
¡O patria, nombre amado que al oirlo
Las almas enagena!
¿Quien no se goza en tus gloriosos triunfos?
¿Cual es el corazon de duro bronce,
Que tus males no llora,
Ni al bienhechor, que te defiende, adora?
¡Hijos de España, pueda el canto mio
Vuestras heroycas almas
Enardecer! Al campo de la muerte
Volad; y los fortísimos aceros,
De la patria esperanza,
Esgrimid por su gloria y su venganza.

DE HIDALGO.

El triunfo de la constancia española.

Ellos son, ellos son. Rasgose el velo
Que ocultaba sus pérfidas traiciones.
¡Sangre, sangre no mas! Ved los verdugos
En horrible matanza encarnizados
Contra el pueblo indefenso que clamaba
Ultrajado su honor, su Rey vendido.
Trocose la amistad en tiranía,
Y el hospedage en negra alevosía.
¡*Libertad, libertad*! ¡Numen sagrado,
De vida salvacion y de venganza!
Libertad, libertad Mantua pregona.
En alas de los vientos voladores
El eco de la gloria conducido,
Los altos montes *libertad* repiten;
Y los rios corriendo presurosos
La esparcen por los mares anchurosos.
El fiero monstruo del clamor herido
Sobre el trono de muerte vacilando,
Una sima horrorosa ante su planta
Súbito abrirse vió ¿Tiemblas, perjuro?
España sola tu poder insulta:
España sola te provoca á guerra:
Y vengada de tí con fiera saña,

Tumba de tu poder será la España.
Si, si, traidor. En pechos españoles
No se hermanan virtud y tiranía.
Esas fieras legiones, que inundaron
De llanto y sangre y de terror la Europa,
No lucharon jamas con hombres libres.
Morir, solo morir. Tu sangre odiosa,
Mezclada con la nuestra en mar cruento,
Brotará la salud y el escarmiento.
Ve como vuela al campo de venganza
El guerrero español, desnudo el pecho,
Mas de valor y rabia guarnecido:
Sin armas, sin caudillos, sin banderas
Te busca ¡aleve! en desigual combate:
Como el leon herido á su contrario
Va furibundo, y con rugido horrendo
Lo despedaza, el monte estremeciendo.
¿Mas què furor de guerra se levanta?
¡Cual truena en derredor!...¡Retiembla el suelo!
¿En donde estan...? Vencidos. ¡Los traidores...!
En un dia pagaron su perfidia.
¡Oh manes de Madrid! ya estais vengados.
Cubrid, doncellas, de azucena y rosas
Los caminos, que marchan prepotentes
Al Capitolio Ibero los valientes.
Ya somos libres. El augusto Betis
Alzose airado, y en su inmenso seno
Los surmegió. El Turia embravecido

Levanta la cabeza sangrentada,
Y los traidores de pavor cubiertos
Huyen; y el Ebro en rápida corriente,
Con bramar espantoso, á los salados
Mares lleva sus cuerpos destrozados.
¡Loor, gloria sin fin! ¡Mas que! ¿resisten?
¿Otro torrente, y otro de asesinos
Del fragoso Pirene se desprenden?
En vano su baldon borrar procuran.
Si aun resta que vencer, nuevo escarmiento,
Nuevo lauro será. La misma espada
Que enlutára sus sienes ominosas
Aun brilla en nuestras manos victoriosas.
Guerra, guerra y horrores. El impío
En estrago y crueldad su infamia oculta.
La triste madre mira degollado
En su regazo al hijo que adoraba:
El ministro de Dios con ignominia
Es víctima sangrienta; tierna vírgen,
Vil despojo de insulto abominable
Perece sobre el lecho inconsolable.
Aquí y allá, y en derredor los pueblos
Y el sacrosanto penetral, do habita
El Dios de paz, sacrílegos incendian.
Una hoguera la patria. Al Cielo suben
Envueltos en las llamas sus delitos.
El sol veló su faz, cuando los techos
Con horrible fragor se desplomaron,

Y al infante y la madre sepultaron.
No es la patria el hogar. La patria vive
Dentro del pecho. Talen, y destruyan.
Si el mar rompiendo sus eternos grillos
Sobre la tierra adelantára un paso,
La fuerza que á los tigres y leones
Ayunta, y rige, y taja las montañas,
Ni á enfrenarle jamas fuera potente,
Ni á esclavizar á la española gente.
Lágrimas de rencor vierte el anciano
Porque la espada sostener no puede.
La triste viuda al huerfano venganza
Le pide de su padre asesinado.
Llora el amor. Las teas encendidas
De himeneo se apagan: la corona
Nupcial, trocada en casco refulgente,
Ciñe del jóven la gallarda frente.
¡Cuanta lucha do quier! Á la montaña
Trepa ardiendo el cañon, y centellando
Otro á la par pasea la llanura.
Cunde el fragor; retumban las esferas;
Roba el humo la luz, sus rayos tristes
Sangrentado el acero multiplica;
Y al hondo mar la sangre caudalosa
En raudal encendido va espumosa.
Tendió la muerte sus horrendas alas.
Todo es luto. Se ostinan los valientes,
Y los traidores; se huyen, y se buscan;

Se acometen, se hieren, se destrozan.
Allí Gerona y Zaragoza invictas
Sepultan vencedores y vencidos.
Do quier furioso el homicida bando
Muerte y esclavitud marcha gritando.
Una esperanza á los valientes resta:
Salvar gloriosos el honor intacto
De sus mayores, y morir ¡Oh! donde
Donde, Pelayo, estás! Vuelve á la vida,
Ínclito autor de la familia hispana:
Vuelve y empuña tu terrible acero;
Y torne á ver la esclavizada tierra
Cuanta excelsa virtud tu tumba encierra.
¡Oh, vuelve, vuelve! Á las riscosas breñas
Mira otra vez tu pueblo refugiado
De otra nueva traicion mas horrorosa.
Los campos ¡ay! de tu valor testigos,
Los pueblos que tu brazo rescatára,
Toda tu herencia...¡Oh Dios! Mas ah! No temas:
No temas, no, que manche nuestra historia
Los fastos inmortales de tu gloria.
Mira asediado en el herculeo puerto
Al Pueblo, que dos mundos abarcaba,
Cual clama salvacion. El eco vuela
Y en la Albuera retumba, y va á estrellarse
Del Tormes rogecido en la corriente.
Llevada por el austro y por el noto,
Del mar del hielo hasta la ardiente arena

La voz de gloria y salvacion resuena.
Al eco poderoso conmovida
La triste Europa, en sus robustas manos
Sintió los hierros, y tembló. La vista
Giró en torno de sí, y el ara santa
De independencia en el preciado seno
Vió de Gades arder; como la aurora
Del polo brilla, y á su lumbre pura
Se precipita al mar la noche oscura.
La vió, se conoció, y enfurecida
Quebrantó las cadenas ominosas
Que su valor indómito aherrojaban.
¡*España*! ¡*España*! en repetido acento
clamó; y *España*, desde el cano Volga
Resonó hasta el Atlante. España invicta,
Es la señal que lleva á la victoria:
España es el modelo de la gloria.
¿Adonde esos feroces confundidos
Huyen? Tened: aun resta á la venganza.
No, no es bastante la vertida sangre
Nuestro honor á lavar. Dadnos, perjuros,
Dadnos al Rey que nos habeis robado:
¡Oh! dadnosle.... En Vitoria los aleves
Aterrados sus lauros nos dejaron,
Y en la fuga sus restos se salvaron.
Sus, valientes: que mueran, repetian
Los hijos de Barcino. El brazo armado
Iba ya á descargar el postrer golpe,

Y los traidores de pavor cubiertos,
Pálidos á FERNANDO nos presentan:
Y á FERNANDO y la PATRIA vencedora
Celebra el Pueblo Ibéro alborozado
De lauro sempiterno coronado.
¡Oh Patria! ¡Oh Patria! Dame que mi vida
Espire en tu cantar. Dame que lleve
Tu fausta gloria á los remotos siglos:
Que tiemblen á mi acento los tiranos:
Que te acaten los pueblos belicosos,
Y eternamente la traicion repitan;
Y vengados admiren tus leones,
Que dieron libertad á las Naciones.

DE SAAVEDRA.

Napoleon destronado.

¿En donde, en donde, ó Sena esclarecido,
El que de duelo y honfandad cubria
Tus márgenes está?... ¿dó está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el Sol y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus pies la tierra
El orbe conmovió con cruda guerra,

Dejó desiertos tus mezquinos lares
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?....
Alzó la frente bárbara el impío
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los pies, la torva vista
En derredor tendió, y *¿Al brazo mio,*
Quien habrá tan osado que resista?...
Ni aun el rayo de Dios me causa asombro
Dijo Napoleon: y al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron:
Que de terror y asombro el Orbe llena,
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.
El Nilo vió su encono fulminoso
Y de cálida sangre enrojecido
La frígida corriente
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho:
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho

Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente,
Que al monstruo vió talar ambas riberas:
Y el Vístula pasmado
Su curso entre carámbanos cubria
Del belísono estrépito asustado...
¡Ay que el genio del mal al mediodia
Revuelve su furor!... ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Ibero la mansion tranquila.
¿Y que, gran Dios, no miras al impío,
No escuchas al blasfemo
Decir: "*ni al rayo temo:*"
"*¿Quien podrá resistir al brazo mio*"?
"*¿Quien contra mi levantará la frente*"
Si yo soy el Señor Omnipotente?"
... Mas ¡ah!... que ya su iniquidad el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara tu venganza y su castigo.
Alzad á Dios las manos, ó Naciones,
Á quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz: vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto:
Y con fragor tremendo
Del uracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,

Y rasganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento
Y se estremece el alto firmamento;
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos
Que corren á la lid, y dice: Sea
Castigado el soberbio
Y confundida su impiedad se vea.
El mandato de Dios obedeciendo
España apresta sus valientes aces
Contra la iniquidad. Y los Britanos
Las regiones del mar luego cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate.
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los pies del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,

Los satélites fieros que acaudilla.
Tambien el Lusitano ayrado y fiero
Los combatió y triunfó. Luego ligero
Corre á la lid el guerreador que habita
En la Zembla polar al sol vedada.
Corre al combate el indomable Scita,
Que en el Rifeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe.
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea
Y arma sus diestras de invencible lanza.
Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno,
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela y se estremece,
Y mira por do quier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros:
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, ó Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia,
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.
Canta conmigo, ó Galia venturosa,

Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Ser Eterno
Que el yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor; su fuerte diestra
Que de Senachêrib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso,
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez... ¡Ah que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del pielago espumoso!
Al atrevido azor alas pidiera
Y con ellas volára presuroso
(Sin temer de Titan la viva lumbre)
De Pirineo á la elevada cumbre,
Y allí al son de la cítara de Apolo
Entonára canciones de alegria,
Que sonáran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el dia.

DE MÁRMOL.

Mi situacion.

¿Y por qué arrancas de mi debil mano,
Pálida enfermedad, la antigua lira

Que de las dulces musas sevillanas
Un tiempo resonó justos loores?
¿Por qué tus dedos frios
Cierran á mi pesar los labios mios?
Me conduces, cruel, al templo augusto
Donde las bellas musas gaditanas
Resonar hacen sus graciosas voces,
¿Y vedas que los toscos versos mios
Con ellas acordados
Suenen alguna vez mas elevados?
Tal la parlera londra acordar tienta
Su harpada lengua con los blandos sones
De la rosada Aurora, cuando el Noto
Conduce el trueno del helado polo,
Y en su soplo aterido
Esconde al ave en su secreto nido.
Turba graciosa de recientes vates,
Que en juvenil ardor el ocio muelle,
La negra envidia, la ignorancia hollando,
Cual ufano alazán la ruda arena,
Las sendas del Parnaso
Anelantes correis con firme paso:
¡Cual en su enhiesta cima el sacro Apolo
Alagüeño os sonrie! ¡Cuantos lauros
Truncan las musas de sus manos bellas!
De guirnaldas y besos de sus labios
Os ciñen amorosas
Las juveniles frentes venturosas.

Besos ardientes, que el humano pecho
En sacro fuego encienden, y le inflaman
En herviente entusiasmo: fué ¡ay! un tiempo
En que gocé su plácida dulzura:
Entonce á la voz mia
El olivoso Betis sonreia.
Yo canté de Jehová la voz potente
En lumbre transformada, embelleciendo
El orbe inmenso de negror velado.
Yo canté los amores generosos,
Gloria de la cabaña
Que en sesgo curso el claro Betis baña.
Canté los ayes de la Paz violada
Por el hijo del mar, odio del mundo (*)
Y los tempranos fuegos inocentes
Del joven cazador:::: triste recuerdo
De mi pasada gloria,
Hora tormento crudo en la memoria.
La triste noche que mi yerta mano
La lira suspendió de añosa oliva
En los callados montes Ossethanos, (*)
Donde á las flores dige mis canciones,
Mi funesto quebranto
Las ninfas condolieron con su llanto.
¿Dó buscaré el placer, dó el alegria?

(*) *Esto se escribía en el año de* 1807.
(*) *Alfarache.*

¡Oh cual yerra, cual yerra aquel insano
Que solaz busque lejos de las musas!
Sin vosotras ¡oh Divas! ¿donde triste
Hallar podré consuelo
Contra los males del ingrato suelo?
Noches amargas, azarosos dias
De luto y de tristeza.... negra imagen
De mi enojosa vida.... vates sacros
De Gades, alentad á un infelice:
¡Ay! oiga en vuestra lira
El eco de las musas, que suspira.
Dulce Mirtilo, y tú sensible Anfriso,
Gallardo Licio, vuestros dulces cantos
Recuerden á mi pecho el blando fuego,
Que un tiempo le inflamó mas venturoso.
¡Ay! las lágrimas mias
Enjuguen vuestras gratas melodías.

DE BLANCO.

Los placeres del entusiasmo.

¿Quien el suave aliento de las Musas,
El delicioso aliento que otras veces
De celestial ardor llenó mi pecho,
Vuelve á excitar en él? ¡Ah! ¿quien despierta
Del sueño en que yacía
La casi ya olvidada lira mia?

Aliento soberano, dulce fuego,
Que animaste mis años juveniles,
Volasté como sombra fugitiva,
Y contigo el placer. El universo
Cubierto de tristeza
Perdió para mis ojos su belleza.
Mis ojos que vagaban inocentes
Ansiosos de admirar, y que encontraban
En cada objeto nuevo nuevo encanto,
Tímidos ya no saben dó fijarse:
Que en la misma hermosura
Encubierta rezelan la amargura.
Dulce ilusion, que al alma enagenada
Con tu mágico hechizo, de los males
Haces perder la sensacion funesta;
El que á la odiosa luz del desengaño
Llega á verte en huida,
¡Ay! para siempre llórete perdida.
Yo te perdí: mas no faltó en mi pecho
Tu memoria jamas. ¡Ah! no envidioso
De tu favor, en almas mas felices
Te ví nacer: el germen de tus bienes
Les dí en la Poesía
Y en su placer me gozaré algun dia.
¡Jóvenes venturosos! ¡que tesoro
En ella se os prepara! Cual os miro
Gozar enardecidos sus caricias
Y cantarlas en ecos armoniosos!

Cantad, que á vuestro acento
Mi antiguo fuego renovarse siento.
Así el cansado anciano al ver alzada
El ara del amor para sus hijos
Bajo el arbol paterno, que la suya
Cubrió tambien, recuerda sus amores;
Nuevo aliento recibe,
Y en el placer ageno otra vez vive.
Cantad: el entusiasmo soberano
Ofrece desplegado á vuestra vista
De la naturaleza el cuadro inmenso.
A la luz encantada de su antorcha
La niebla desparece,
Que á mis cansados ojos la oscurece.
¡Ah! ¿la veis? ¡cuan hermosa! La belleza
Se ofrece ya á mi vista en trono augusto
Dominando los orbes. De su rostro
Nace la luz que al universo anima;
Sus ojos celestiales
Anuncian gozo y vida á los mortales.
Mas ¿que grupo de nubes encendidas
Se ven en torno de ella? Mil deidades
Tienen allí su asiento. Almas felices
A quien Apolo inspira el sacro fuego,
Vosotras la mirais
Y ¡oh! decid las delicias que gozais.
Allí mirais la matinal aurora
En un lecho de rosas, matizado

Con las lucientes perlas del rocío,
Cándida sonreir. A su sonrisa
La noche coge el velo,
Y con ella sonrie todo el Cielo.
Detras veis al luciente rey del dia
Mandar con riendas de oro los caballos
Que tiran su carroza. Las estrellas
Ceden á su carrera el firmamento,
Y las fugaces horas
Siguen solas las ruedas voladoras.
En pos corren del carro luminoso
Las deidades, que en curso invariable
Mudan de faz al Mundo. El yerto invierno
Sigue, la escarcha y lluvia destilando
De su alba cabellera,
Y abre el paso á la hermosa Primavera.
La hermosa Primavera conducida
Entre mil Zefirillos, que voltean
En torno de su boca embalsamada
Para bañar las alas en su aroma.
Al verla deja el sueño
El campo, y viste su verdor risueño.
Y luego viene el abrasado Estío
De doradas espigas coronado
Derramando riquezas. El Otoño
Su ardor calma en seguida. En su semblante
Del año la esperanza
Conduce y se renueva la labranza

¿Mas no veis allá un bosque delicioso
Poblado de hermosuras? En los prados
Que sus erguidos árboles entoldan
¡Oh! cuantas Ninfas, cuantas Diosas miro
En tropas agrupadas
De un enjambre de amores rodeadas!

Unas buscan los riscos, y en sus quiebras
Cubiertas de festones ondeantes
Entrelazados de hojas y de flores,
Se ocultan. De las urnas que sostienen
Salta el limpio arroyuelo,
Y gira aljofarando el verde suelo.

Otras aman los bosques; y á sus troncos
Ligan la amable vida. Otras los valles
Escogen por morada, y cuando Flora
En Abril aparece, de sus manos
Cogen las flores bellas,
Y siguen esparciendolas sus huellas.

¿Y quien es? ¡ah! ¿quien es aquella hermosa
Deidad que allí aparece, obscureciendo
Con su amable esplendor la luz del dia?
Decid: ¿no veis? El orbe todo en calma
Parece que la mira,
Y enardecido en muda voz suspira.

Las fragorosas alas coge el viento,
Y amoroso se esconde entre las hojas
Del enramado bosque. Embebecido
Calla tranquilo el mar, y en sus orillas

Mira con faz serena
Jugar las blandas olas con la arena.
Mas ¿que dudar? ¿Quien, reina de Citeres,
Podrá desconocerte? En tu regazo
Conduces al amor. Vates dichosos,
Amados de las Musas, vuestra gloria
No debisteis á Apolo;
Vuestro Dios tutelar es amor solo.
¡Oh! ¡bajo cuantas formas se os presenta!
¡Cuan variadas voces á la lira
Sabe prestar! Tú, tierno Anacreonte,
Niño lo miras, burlador gracioso,
Traidor en sus caricias,
Y tus versos respiran sus delicias.
Ya lleno de candor entre pastores
Lo ves vagar sin las amargas flechas,
Encantador Virgilio, á quien las Gracias
En la cuna besaron. Él tus labios
Escogió para nido,
Y en ellos se reposa adormecido.
Mas cuando de sus ojos centellantes
Espira el vivo fuego, que los pechos
Enciende de los hombres y los Dioses,
¡Cuan dulce suena la armoniosa lira
En Manos del Poeta
Cantando el dulce ardor de su saeta!
¿Mas es él? ¿Es Amor? ¿Quien su sonrisa
Mudó en ceño feroz? ¿Quien el acero

Puso en su tierna mano? De su antorcha
El dulce ardor en abrasada hoguera
Mirad cual se convierte,
Amenazando destruccion y muerte.
Decid, decid su estrago y sus furores
Hijos de Melpomene. Almas sublimes
Hablad y destrozad el pecho mio
De horror y compasion. ¡Cuanta dulzura
¡Oh! que placer y encanto
Sabeis unir con el dolor y el llanto!
Tened, tened crueles ¿Porqué el pecho
De una joven amante atravesado
Veré con el puñal del que la adora?
No la veré morir: la vista huyo,
Tiemblo, gimo y suspiro,
Y la horrorosa escena otra vez miro.
¡Ó ilusion poderosa! ¡ó magia! ¡ó fuego
Celestial de las Musas, que embellece
Hasta el mismo dolor! no, no abandones
De la verdad severa al duro imperio
El alma afortunada
Que se mira en tu error embelesada.
¡Error feliz! ¡ah! solo con la vida
Debieras acabar! ¿Que ven los ojos
Desnudos de tu venda? La morada
Del dolor es la tierra: aqui su trono
Tiene fijo, y en vano
Se quiere huir de su certera mano.

Si es que el que vió la luz, en triste lloro
Ha de acabar la mísera carrera
De la penosa vida, y de los males
Ha de apurar la copa emponzoñada,
Dichoso si su daño
Dormido espera en tan amable engaño.

DE MELENDEZ.

4.ª

Prosperidad aparente de los malos.

En medio de su gloria así decía
El pecador: En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.
Á las nubes mi frente se levanta,
Y en el cielo se esconde.
¿Donde está el justo? ¿las promesas donde
Del Dios que humilde canta?
Hiel es su pan, y miel es mi comida
Y espinas son su lecho,
¿Con su inutil virtud que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida:
Á hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades;
Y ellos mi ínclita fama á las edades

Lleven mas apartadas.

Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo,
Y á las estrellas sube.

Cayga, cayga en mis redes su simpleza.
Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo: sus tesoros
Carbones se volvieron:
Sus hijos al abismo descendieron;
Sus risas fueron lloros.

La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron;
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte:
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que camino acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho:
Contino un aspid le devora el pecho:
Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores:
La noche en sombras crece;
Y á solas del averno le parece

Sentir ya los horrores.
Dará huyendo del fuego en las espadas:
El señor le hará la guerra;
Y caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viuda,
Le roerá las entrañas hambre aguda
Y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá, cual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte:
Pero al justo que fia
En tu promesa, y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y cual fresno á sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

DEL MISMO.

5ª

La presencia de Dios.

Do quiera que los ojos

Inquieto torno en cuidadoso anelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás; y llenando
La inmensa creacion, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta,
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima,
Me claman que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima;
Y la yerbilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, señor, y mas; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla obscura

Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando Primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonces al bosque umbrio
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas;
O si te place, su furor sosiegas.
Por dó quiera, infinito
Te encuentro, y siento en el florido prado
Y en el luciente velo,
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres

El Dios, y el Dios del Sol, del gusanillo
Que en vil lodo mora,
Y el Angel puro que tu lumbre adora.
Igual sus hymnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido
Y del leon el hórrido rugido.
Y á todos dadivoso,
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
Y por siempre presente.
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Óyele blando, y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia sean;
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á cuanto existe
Como tú se derrame,
Y ¡o Dios de amor! en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos:
El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo,
El tostado Africano
Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.

DE REYNOSO.

6ª

De la virtud.

De lirios y violas olorosas
Se adorna placentera,
Reclinada la bella primavera
En tálamo de rosas.
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
El estío sediento,
Y aja su pompa, y al ayrado viento
En aristas la entrega.
¿Qué cosa, ó dulce Albino, habrá durable
En la mortal flaqueza,
Si en giro así fugaz naturaleza
Enseña á ser mudable?
Dó la alta torre y orgulloso muro
Al Cielo se levanta,
¡Cuan presto el buey con perezosa planta
Llevará el hierro duro!
El tiempo destructor con torpe saña
En curso acelerado
Erige sobre el trono destrozado
La mísera cabaña,

Así fenece la mayor ventura:
Veloz el hado esquivo
Derriba al triunfador del carro altivo
A la vil sepultura.

¡Ah! solo la virtud al tiempo fiero
Vence, y la insana suerte:
Postrada ante ella la implacable muerte
Rinde el temido acero.

Cubre su faz luciente ennegrecida
De mil nubes la esfera,
Y con luz espantosa reverbera
En rayos encendida:

Y del monte estallando la alta frente
Con horrísono estruendo
Se despedaza: pálida gimiendo
Vaga la triste gente.

Solo entonces seguro el virtuoso
No busca el vano asilo;
Con sesgo rostro y corazon tranquilo
Ve el estrago horroroso:

Al Cielo alza las manos sin mancilla,
Y su furia aplacada,
La esfera de luz cándida bañada
Con nuevo esplendor brilla.

Virtud, santa virtud, del alto Cielo
Al viviente mezquino
Desciende facil: tu poder divino
Adore humilde el suelo.

Adore solo el venturoso humano
Tu gloria; el humo impuro
No ofrezca mas al simulacro escuro
Que honora el Ancio vano.

DE Fr. LUIS DE LEON.

8.ª

En la Ascension.

Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo escuro,
Con soledad y llanto,
¿Y tú rompiendo el puro
Ayre, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿Á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado
¿Quien le pondrá ya freno? ¿quien concierto

Al viento fiero ayrado,
Estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuan rica tú te alejas!
¡Cuan pobres y cuan ciegos, ay! nos dejas!

DE LISTA.

La muerte de Jesus.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Sinú? ¿Y el impio bando
Que eleva contra ti la osada frente,
Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas en vano el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena:
Amor, mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena

El Dios de las virtudes; y leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¿quien podrá mirarte,
O Paz, ó Gloria del culpado mundo?
¿Que pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Al ver que en su delicia
El gran Jehová descarga su justicia?
¿Quien abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quien cubrió tus megillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cual brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad: muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guia,
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz, que el hombre espera;
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.
Que no cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y al delincuente mísero envolvia,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadaver discurria.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya Dios de venganza, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Aplacar en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama?
"Padre de amor, ¿porque me abandonaste?"
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste.
De la acerba venganza

Que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No veis, como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, Angel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulmínea espada;
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja espiada,
Suba al solio sagrado,
Y vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, ó tierra,
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el criador; mas el delito aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere.... Gemid, humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos.

DE REINOSO.

A Jesucristo en el Sacramento Augusto de la Eucaristía.

¡Y qué, Señor! ¡bajo ese obscuro velo
La Magestad se esconde,
La lumbre eterna y gloria y el potente

Saber, que rige y llena el ancho Cielo!
¿A dó está el soberano,
El alto trono, donde
En pompa asiste y explendor luciente
La alma Deidad, de cuya fuerte mano
La tierra pende, y á su vista airada
Se estremece espantada?
Mas tú ¡oh! bajas del solio glorioso
A esa humilde morada,
Para habitar con el mortal mezquino
Que en dulce lazo estrechas amoroso.
¡O Señor! ¿que es el hombre?
Mísera, lastimada
Criatura infelice, de contino
Lloro cubierta y de dolor ¿Tu nombre,
Así tu nombre y gloria y tu grandeza
Se humilla á su vileza?
No atónito el viviente y de horror lleno,
Cual sobre la alta cumbre
Del sacro Sinai, la voz terrible
Oirá ya de su Dios en recio trueno
Envuelta, y rayo ardiente.
¡Ah! ya la servidumbre
Antigua feneció, y en apacible
Y deliciosa union goza presente,
Venturoso el mortal, cual tierno amado,
A su Dios humanado.
¿Cual ¡oh! será la fortunada gente

A quien el rostro amable
Su Dios así le muestre generoso?
Entonad, ó mortales, dulcemente
Canto no interrumpido:
La piedad adorable
Load, load del Dios que en delicioso
Manjar se os da. ¡O amor! ¡oh! ¡convertido
Yo en ti, viviese el alma desmayada,
En dulzura anegada!

DE NUÑEZ.

A la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.

Dios, Dios, mortales: el sagrado acento
Oid. Dios::: todo el orbe inmenso clama.
Aun no Febo luciente
Ilustra los palacios del oriente,
Y ya la alma natura
En montes, prados explendor derrama.
No sé que sentimiento
El zéfiro dulcísimo murmura:
A el alto Olimpo nueva luz decora:
Las aves, engañadas, sus loores
Tributan á la Aurora,
Y desplegan sus hojas ya las flores.
Del Alcazar celeste el ancho velo

Se rasga: ¡dulce encanto! El eminente
Solio del Ser inmenso
Descubro: la mansion, que con intenso
Y eterno esplendor brilla,
Y los Genios felices que al Potente...
¿Mas quien, con raudo vuelo
Se remonta de Dios á la alta silla?
Entorno ya la bóveda estrellada
Resuena con suavísimas canciones.
"Es de Dios la hija amada,
"Es la que rompe al hombre las prisiones."
Sobre el pecho divino reclinada,
En castísimo amor toda encendida,
Liba la Vírgen pura
Del sacro Padre la inmortal dulzura;
Mientras que en gozo santo
Bañado el Dios piadoso, á su elegida
Abraza, y la morada
Celestial le tributa dulce canto.
Los montes y los cedros se inclinaron:
El ayre enmudeció, y en él pendientes
Las aves escucharon:
Oid, Dios habla, venturosas gentes.
"Desciende ya, desciende al triste suelo
"Hija dilecta! celestial criatura!
"De la ropa luciente,
"Despojo de tu madre inobediente,
"Vístete, y sus albores

»Aumenten de tu rostro la luz pura.
»Antes que el alto Cielo,
»Antes que el Sol, con almos resplandores
»Los orbes ilustrase, ya mi aliento
»Tu preeminente Ser habia criado;
»El vasto firmamento
»Contigo por mi mano fué formado.
»Triunfa feliz ¡oh! triunfa, y la victoria
»Aplaudirán los coros celestiales.
»No temas: sin recelo
»Pisa la sierpe y burla su desvelo.
»(Impenetrable arcano
»A su astucia) las puertas eternales
»Abranse de mi gloria,
»Y el asiento brillante, el hombre ufano
»Ocupe. Sí, tu Dios ¡oh mi elegida!
»Descenderá á tu templo no violado,
»Y nuevo ser y vida
»Recibirá el linage desgraciado."
Cual de oceano las aguas cristalinas
A la vista de Febo resplandecen,
Cuando en carro luciente,
Gallardo asoma por el ancho oriente:
O cual la nube pura,
A quien sus almos rayos enriquecen
Con luces peregrinas:
Así la Vírgen en la inmensa altura
Brilla, á la vista del Criador amante.

¡Oh dicha! eterna dicha! ya desciende
Del trono rutilante,
Y el claro espacio presurosa hiende.
Sobre purpúreas nubes reclinada,
Y de triunfantes huestes asistida,
Mil Iris la ancha esfera;
Con su fulgor divino reverbera.
Ya, ya toca la tierra.
¡Ay! mas que horror! la puerta ennegrecida
De la infernal morada
Rechina, y al mortal tímido aterra:
Retumba el hondo Averno en mil clamores,
Y entre el vapor y el humo corrompido,
Que arrojan sus ardores,
Aparece el Dragon enfurecido.
Eriza las escamas fulminantes:
Brama y bate sus dientes aguzados:
Sus ojos bermejean,
Y los negros venenos azulean
En la inflada garganta:
Embiste; pero ¡ah! sus pies turbados
Se tuercen vacilantes:
Tiembla, se esfuerza, y lánguida levanta
La cerviz, ¡vano aliento! desmayada
La rinde al fuerte Pie que ya le oprime.
Triunfa ¡oh Inmaculada!
Canta la Tierra, en tanto Pluton gime.

ÍNDICE.

TOMO I.

LETRILLAS.

CANCIONES LIGERAS.

ANACREÓNTICAS.

CUENTOS.

FÁBULAS.

Pág.

ROMANCES.

EPITAFIOS.

EPÍGRAMAS.

SONETOS.

TOMO II.

SÁTIRAS.

EPÍSTOLAS.

ÉGLOGAS.

ELEGÍAS.

ODAS.

LISTA DE LOS AUTORES CUYAS PIEZAS SE CONTIENEN EN ESTA OBRA.

Fr. Luis de Leon, granadino, del órden de S. Agustin, catedrático de escritura en la universidad de Salamanca, y provincial de su religion: nació en 1527, y falleció en 1591.

Fernando de Herrera, sevillano, clérigo de menores, y beneficiado de la parroquial de S. Andres de su patria. Vivia por los años de 1590.

D. Juan de Arguijo, sevillano, fué veinticuatro de su patria, donde floreció á principios del siglo XVII.

D. Bartolomé Juan Leonardo y Argensola, profesor de jurisprudencia, capellan de la emperatriz Dª María de Austria, y canónigo de la santa iglesia de Zaragoza: nació en Barbastro en Aragon año de 1564, y falleció en 1631. Fué cronista del reino de Aragon, y mayor de su corona.

Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares en 1547, y murió en 1616.

Frey Lope Felix de Vega Cárpio, madrileño, capellan mayor de la congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, y promotor fiscal de la reverenda cámara apostólica por gracia del papa Urbano VIII, quien asimismo se la hizo del grado de doctor en teología y del hábito de S. Juan: nació en 1662, y falleció en 1635.

D. Esteban Manuel de Villegas, natural de Nágera en la Rioja: nació por los años de 1596, y murió en 1669.

D. Juan de Jáuregui, de la ilustre casa de los marqueses de Gandul en Sevilla, caballero del hábito de Calatrava, y caballerizo de la reina Dª. Isabel de Borbon: nació por los años de 1570, y murió en Madrid en 1650.

Francisco de Rioja, sevillano, presbítero, racionero de la santa iglesia de esta ciudad, é inquisidor en su tribunal del santo oficio, con gracia de plaza en la Suprema, coronista del rei, y su bibliotecario: nació por los años de 1600, y murió en 1659.

Baltasar del Alcázar, sevillano, hijo del veinticuatro Luis del Alcázar, y de

Dª Leonor de Leon Garavito: floreció á mediados del siglo XVI.

D. Luis de Góngora, cordovés, racionero de la santa iglesia de su patria, y capellan de honor del rey D. Felipe III: nació en 1561, y murió en 1627.

D. Francisco de Quevedo Villegas, nació en Madrid el año de 1580, y murió en 1645: fué señor de la torre de Juan Abad, y caballero del órden de Santiago. En 1615 fué nombrado embajador por Sicilia al rey D. Felipe III, y Felipe IV le nombró su secretario de estado, que rehusó admitir contentándose con los honores.

D. Francisco de Borja y Aragon, príncipe de Esquilache, madrileño, comendador de Azuaga en la órden de Santiago y trece de ella; virey y capitan general del Perú, caballero del insigne órden del Toison, y gentil hombre de cámara del rey D. Felipe IV: nació por los años de 1580, y murió en 1658.

El Romancero, que es una coleccion de las composiciones de vários poetas antiguos, los mas de ellos desconocidos.

D. José Cadalso, caballero del órden de Santiago, comandante de escuadra del regimiento caballería de Borbon, y coronel

de egército: murió en el sitio de Gibraltar año de 1782.

P. Mro. Fr. Diego Tadeo Gonzalez, natural de Ciudad-Rodrigo, religioso del órden de S. Agustin: murió en 10 de Setiembre de 1794.

D. Tomas de Iriarte, canario, oficial traductor de la primera secretaría de estado y del despacho, archivero general del supremo consejo de guerra.

D. Felix María Samaniego, señor de las villas y valle de Arraya en la provincia de Alava, individuo del número y literato de la real sociedad Bascongada.

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, del consejo de S. M., su secretario con egercicio de decretos, oficial de la primera secretaría de estado, y socio de número de la real academia española: murió en Ortez en 1808.

Dr. D. Juan Melendez Valdes, del cláustro y gremio de la universidad de Salamanca, y su catedrático de prima de letras humanas, académico honorario de la real de S. Fernando, socio literato de la real Bascongada, oidor de la chancillería de Valladolid, y fiscal del supremo consejo.

D. Manuel José Quintana, secretario de la traduccion de lenguas. Vive.

D. Nicasio Gallegos, presbítero, canónigo de la santa iglesia catedral de Murcia. Vive.

D. Juan Bautista Arriaza, oficial de la secretaría de estado, y socio facultativo en bellas letras de la patriótica de Sevilla. Vive.

D. Vicente Rodriguez de Arellano. Vive.

D. Francisco de Paula Nuñez y Diaz, presbítero, capellan de honor de S. M. en la real de Granada, y academico de la real de bellas letras de Sevilla. Vive.

D. José María Blanco, licenciado en sagrada teología, del cláustro de ártes de la universidad de Sevilla, colegial del mayor de Santa María de Jesus, capellan magistral de la de S. Fernando, socio facultativo en bellas letras de la patriótica de la misma ciudad, y catedrático de su clase de humanidades. Vive.

D. Felix José Reynoso, presbítero, socio facultativo en bellas letras de la patriótica de Sevilla y su actual catedrático de humanidades. Vive.

D. Alberto Lista y Aragon, presbíte-

ro, socio facultativo en bellas letras de la patriótica de Sevilla, su catedrático de humanidades, de matemáticas en el real colegio de S. Telmo, de filosofia en el de S. Isidoro, y de retórica en la real universidad de Sevilla. Vive.

D. Manuel María del Mármol, presbítero, capellan de S. M. en la real de San Fernando, doctor en sagrada teología, maestro en artes y catedrático de filosofia por S. M. en la universidad de Sevilla, revisor de libros por el santo oficio, y socio facultativo en bellas letras de la patriótica de la misma ciudad. Vive.

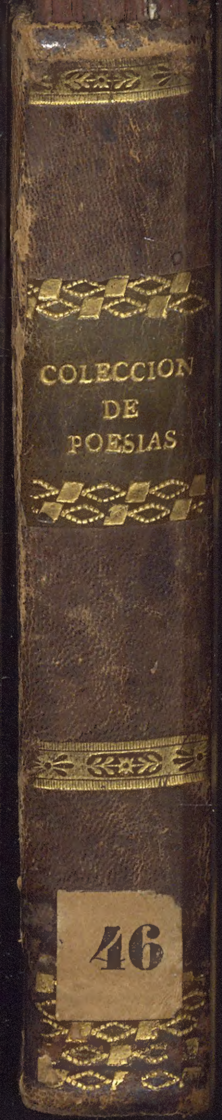
D. Felix Hidalgo y Moreno, socio facultativo en bellas letras de la patriótica de Sevilla. Vive.

D. Angel María de Saavedra, coronel de caballería ligera, caballero de justicia de la esclarecida órden de S. Juan, socio de la de amigos del pais de la ciudad de Córdoba, individuo de su academia de ciencias y artes, y de número de la sociedad patriótica de Sevilla. Vive.

Dª María de los Dolores Romero, discípula de uno de los poetas de la escuela sevillana anotados en esta lista. Vive.






COLECCION
DE
POESIAS
46